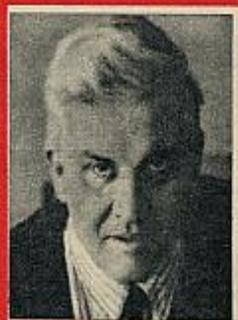


EXCLUSIVA



ROBERT SHERRILL

Es corresponsal de "The Nation", en Washington, desde 1965. Se trata de un especialista político dedicado a estudiar a Lyndon B. Johnson y al johnsonismo. Sus trabajos sobre el actual Presidente norteamericano y los políticos de Texas, que forman un núcleo especialmente interesante dentro de la política interior de los Estados Unidos, han sido publicados en la revista dominical del "New York Times". Cuando Sherrill llegó a Washington se hizo cargo inmediatamente de la correspondencia del "Miami Herald". Venía de Texas, donde dirigió la redacción regional de la revista "Time". Durante ese período se ocupó con interés y solvencia del llamado escándalo Billie Sol, hasta esclarecer el asunto y lograr que el protagonista del mismo se ocultara.

Ha escrito también sobre política iberoamericana y sus artículos y reportajes han seguido apareciendo en el "Texas Observer", en "Harper's", "Current", "Ramparts" y "Frontier". Como profesor ha trabajado en las Universidades de Texas, Missouri y en la Texas A. & M. Su libro "El presidente accidental" ha despertado general interés, tanto por los datos que aporta para el conocimiento del hombre clave de la "gran sociedad" como por el estilo desenuvolto, irónico y hasta sarcástico con que está escrito. Este libro aparece en breve, en traducción castellana, en nuestras librerías, editado por "Edición de Materiales", de Barcelona. TRIUNFO comienza hoy la publicación de tres capítulos fundamentales de esta obra.

EL PRESIDENTE ACCIDENTAL

Un "best-seller" USA

Por **ROBERT SHERRILL**

Se han escrito muchos libros sobre Lyndon Johnson, para mostrar cuán poderoso, complejo y astuto es. Todas estas cualidades son suficientemente obvias, pero si reconocemos su poder, complejidad y destreza, en cierta forma diluirlamos lo que considero como punto clave para muchos de nosotros, es decir, el saber por qué nos resulta un sujeto tan insoportable y peligroso. Muchos de nosotros no solamente le votamos, sino que trabajamos para él durante las últimas elecciones; y si juzgamos por la decadente perspectiva que nos presenta el sector republicano, probablemente lo haremos de nuevo en el 68, odiándonos, por ello, a nosotros mismos.

En la última campaña electoral, el Fair Campaign Practices Committee (Comité para la pureza de las elecciones) me pidió que comentara el libro de Evett Haley, "A Texan Looks at Lyndon" (Lyndon visto por un tejano). En la sede del Partido demócrata alguien sugirió a Cliff Carter que reprodujera mi comentario, tal como se venía haciendo con la mayoría de los panfletos pro-Johnson, enviándolo después por correo en cantidades exorbitantes. La respuesta de Carter fue: "¡Diablos, no! Si usted leyera atentamente ese comentario, vería que lo que afirma es que Johnson no merece tanta molestia".

Durante los años presidenciales, ante la alternativa de un Wallace psicótico, o de cualquier oscuro y troglodita republicano, millones de nosotros —prácticamente desorientados por la falta de un candidato— nos estamos dejando arrastrar a las elecciones y acabaremos votando por el que fue proclamado por los dirigentes sudcoreanos como "Gran Gigante Tejano".

Sin embargo, no estamos en un año de campaña electoral, ni éste es un libro propagandístico. Sencillamente: creo que resultará divertido y agradable hacer un recorrido a través de las distintas etapas de la carrera de L. B. J., las cuales, convenientemente analizadas en su conjunto, nos permitirán ver al viejo como un tipo fascinante-mente astuto.





1960: el Presidente electo, Kennedy, con el vicepresidente Johnson, en Los Angeles. Johnson jura el cargo de Presidente. Kennedy ha sido asesinado en Dallas.

1- INTRODUCCION: UNA VALORACION INICIAL

Nadie, excepto los americanos, podrían haber inventado un Presidente que posa como un campesino para ocultar, con impecable sutileza, la realidad de que es realmente un campesino.

James Cameron en
«The New Statesman», 17 junio 1966.

MI propósito al escribir esta obra no es otro que el posibilitar el que se pueda pasar un rato agradable a costa de Lyndon Johnson. Otros escritores, naturalmente, están también trabajando en este terreno, pero existe algo que los críticos de la Casa Blanca no pueden comprender: el que diferentes escritores puedan ser útiles de distintos modos. No hace mucho, «The New York Times Magazine» me encargó que preparara una obra sobre la actuación de Johnson; cuando la Casa Blanca lo supo, ejerció una considerable presión sobre los editores, inútilmente, para que fuera anulado el encargo y pasado, en mi lugar, al juez Abe Fortas o al columnista William S. White. Es una maniobra hecha sin imaginación. Fortas, que representó un importante papel en la elección de Johnson para el Senado en 1948, se encontraba en situación de escribir un espléndido y documentado libro sobre si los 87 votos ganadores fueron robados intencionalmente; White, por otra parte, podría haberlos mantenido a todos embelesados con un libro en el que nos explicara si, como algunos afirman, sus columnas son o no dirigidas, ordenadas y, aun a veces, confeccionadas hasta la última línea por la Casa Blanca. Otros escritores tendrán distintos propósitos; los míos son muy simples y modestos: sólo pretenden mostrar una forma de pasar bien un fin de semana con el más conocido y pétreo de los visitantes.

Lo primero que debemos hacer —y esto es requisito previo e indispensable para una mejor captación de lo que es Johnson— es admitir que el hombre no es simpático, pero sí es, en efecto, engañoso, maniaco-agresivo, rencoroso, falto de honradez y, principalmente, oportunista.

Definitivamente esto no es una crítica, sino únicamente una sugerencia del principio de que si Johnson resulta lo suficientemente imparcial como para admitir ser valorado, deseáramos vehementemente que lo fuera mediante una escala de valores propia, diferente, desde luego, de la suya.

La dama de compañía de la señora Bird, Elizabeth Carpenter, una vez, me aconsejó con lágrimas en los ojos para que no me sintiera tentado de alcanzar notoriedad a través de mi

«odio hacia Johnson» (por entonces acababa de escribir algo que la hizo muy desgraciada). Por ello, yo, formalmente, espero seguir su consejo: odio, no; antipatía, sí.

Mas uno debe admitir por principio que cualquier tipo de juicio definitivo sobre Johnson, elaborado apresuradamente, nos llevaría a no ser justos con él, porque él en sí mismo es menos decepcionante que la suma de todos sus defectos. En realidad, uno no podía haber esperado nada en absoluto —ni siquiera una mediocridad como Eisenhower— de un candidato que fue escogido con la aprobación y patrocinio de «The Kansas City Star» y de «New York Post», que representan respectivamente a la Cámara de Comercio y a la A. F. L. C. I. O. El ha surgido, por encima de todo, en forma casi heroica para intentar trascender en algo. No en mucho, pero sí en algo. Consiguió alcanzar el poder arrastrando tras de sí una larga comitiva de espectros, de los cuales no todos son horribles de contemplar.

Quizá ya en 1948 —cuando fue elegido senador— robó la elección, o más bien alguien la robó para él. El rival a quien derrotó era un espíritu decadente y marchito que no hubiera hecho nada por Texas, y menos todavía por la nación. Un hombre cuya situación en la vida fue definida clara y tristemente con el apodo que los mismos tejanos le colocaron: «máquina calculadora al servicio de la Coca-Cola». Fuese como fuese que pusieran a Johnson en el Senado, los tejanos han de agradecer el no verse obligados a arrugar el ombligo apechugando con un Allan Shivers o un Coke Stevenson.

Es muy posible que Johnson ganase la elección presidencial de 1964 por un descuido. Un descuido al que contribuyeron muchos liberales y moderados como consecuencia derivada de la absoluta falta de pruebas que le presentasen como un hombre pacifista: Tal como el senador Mac Govern ha señalado oportunamente, si todas las observaciones de Johnson acerca de Vietnam durante esa campaña electoral se pusieran juntas, apenas si llenarían una hoja mecanografiada: se limitó a mantenerse silencioso y dejar que Goldwater le hiciera aparecer como un propagandista de la paz cuando ambos eran comparados. Mas, al final, Johnson hubo de presentarse por sí mismo, tal como era, en lugar de hacerlo a través de Goldwater, o por mediación de Symington o Dodd, entre los demócratas.

Cualesquiera que sean sus fallos y equivocaciones, Johnson está por fin descubierto. Es un hombre que concede al poder la dedicación de todo su ser; ha dado a los norteamericanos una nueva visión y un nuevo concepto de los tre-

mentos poderes de que está arropada la presidencia, algo que en beneficio de nuestra propia seguridad debiéramos tener siempre presente, pero que, a través del triste período de retroceso de los años de Eisenhower y los inexpertos y jugueteños años de Kennedy, hemos estado a punto de olvidar. Solamente por esto deberíamos de estarle muy agradecidos a Johnson. Si a él ha sido el servidor fiel de intereses muy especiales, también es cierto que lo ha sido en forma mucho más convincente que la mayoría de los políticos de Texas. Si llegó con retraso al movimiento de reforma social —demasiado tarde para saber realmente cómo participar— si lo hizo en el momento oportuno, incorporándose en el último tramo del camino. Solamente por este hecho deberíamos perdonarle, si es que realmente nos resulta una persona desagradable.

Hemos de procurar tener todas estas cosas bien grabadas en nuestro intelecto, pero no tanto como para que nos lleguen a privar del placer de poder descubrir el por qué un político con tantos éxitos ha sido siempre un miserable fracasado en lo que constituye la tarea básica para todo político: atraer a las masas.

Imaginemos por un momento lo siguiente: que mañana fuera asesinado.

Ello, después de todo, es una idea que ya han tenido algunos. Una comisión del Congreso fue testigo del modo cómo un amargado padre de familia mejicano-norteamericano —sin una perra y sin trabajo— recibió la noticia del asesinato del Presidente Kennedy: «Bueno. ¿Y ahora acabarán también con Johnson y el resto de ellos?». Recientemente, un conferenciante de una reunión del Club Du Bois de Washington afirmó que llegado el caso de que por la fuerza le obligasen a incorporarse a filas para ser enviado a Vietnam, «la primera persona que me gustaría tener a la vista sería a Lyndon Johnson», a lo cual el auditorio respondió con alegres carcajadas y gritos de aprobación. «Los negros —afirmó Claude Brown, escritor de color, al comparecer ante el subcomité Ribicoff— no son tan estúpidos como acostumbramos a creer». El siguiente testigo —hijo de una prostituta, padre a los quince años y abuelo de un bastardo a los veintisiete— reveló la existencia de un increíble mundo blanco en el que los negros son totalmente conscientes de que el Presidente Norman Rockwell les ha concedido únicamente un legislativo pellizco de azúcar. «Toda la comunidad blanca ha tratado en lo posible de aplacar al hombre negro. Hace veinticinco años nos dieron a Joe Louis y luego, dieciocho años más tarde, nos proporcionaron a Ralph Bunche. SIGUE

Cuando todo ese "trabajo" no fue suficiente, nos concedieron boletos para los derechos civiles.

Este es el negro humor que define a la hipotética calle de Harlem por la cual el Presidente pasea en ese hipotético día (muy hipotético, desde luego, ya que él nunca ha osado arriesgarse por el centro de los barrios bajos). El Presidente no capta el mal ambiente: es feliz con sus sueños de gloria y se dedica a abrazar a la gente para sanarles con su contacto. De pronto surge el disparo. La multitud, primero apiñada, huye despavorida. Johnson, que hasta el momento solamente ha estado pendiente de las felicitaciones de la multitud, se dobla y cae a un lado del automóvil. El defensor de los derechos divinos (pero no promotor de una legislación en pro del desarme) se nos muere.

De esta forma nos hundimos en todos los monstruosos etcéteras que seguirían a un suceso de tal magnitud. Tratemos de imaginar el instante. ¿Lloraríamos? ¿Nos sentaríamos por espacio de tres días frente a la pantalla de televisión o bien junto a un receptor de radio para soportar el sudario reboante de humanidad lanzado alrededor del mundo? ¿Vendría un burócrata ruso a la Embajada de EE. UU. con un jarrón de flores, como sucedió después del asesinato de Kennedy, y manifestaría con cierta semi-tristeza: «No, no tengo nada que ver con América, no estoy a su favor. Lo traje porque quería profundamente a su Presidente»? Quizá ocurriría algo de todo eso, pero me cuesta creerlo. No estaríamos contentos con su muerte, pero la mayoría de nosotros no sentiríamos personalmente su desaparición.

Podríamos recordar su actuación durante el acto al que asistió en la pequeña escuela de Stonewall, Texas; la reconstrucción de su lugar de nacimiento; los alrededores contiguos a la carretera que conduce a su rancho, señalándonos la existencia de un monumento nacional —estas cosas, hechas por él con el típico espíritu de Hadrian, constituyen seguramente su propia tumba, si es que es hombre que vive de recuerdos—. Nosotros, por nuestra parte, recordáramos que le habíamos observado maliciosamente pensando en lo más íntimo de nuestras mentes: ¿quién será el que herederá ahora sus privilegios? Tanta inmortalidad prefabricada para nada. En esos instantes, la gran profundidad emocional del momento vendría al saber que Johnson había hecho algo para provocar las lágrimas universales.

El sabe que ésta es la situación. Hubo un fulgurante momento de su vida en el que tomó racionalmente conciencia de ello: de retorno a Washington después de su más beneficiosa representación, en Texas, gracias a la cual obtuvo la presidencia, se sentó y llamó por teléfono a varios oficiales de todo el país. A todos les expuso la misma razón: «Soy el único Presidente que tenéis». Fue una triste admisión por su parte el tenerlo que hacer y por la nuestra el tenerlo que escuchar. Y todos nos compadecemos mutuamente mientras preveíamos la tragedia política llevada a la última palabra. La palabra y la manera de actuar de John Fitzgerald Kennedy, nos hacía sentirnos como si fuéramos los rudos moradores de una caverna; la ascensión al poder de Lyndon Baines Johnson, verdaderamente temida por nosotros, era incapaz de conducirnos de nuevo al exterior.

Periodistas de las más diversas tendencias políticas se unieron a los liberales en su temor ante el futuro. A los cuatro meses del asesinato de Dallas, Karl Meyer escribía en la revista «The New Statesman», haciendo gala de su buen humor: «En cierto sentido, los Estados Unidos parecen encaminarse en una dirección, que podríamos denominar gaullista, impregnada de un elevado nacionalismo. Pero, impulsado por John-



Un vaquero de Texas: Lyndon B. Johnson en su rancho del Pedernales. Ganadero y petrolero.

son, el nuestro resultaría un gaullista sin *grandeur*. El tío L. B. J. —modelo de todo un estilo— está retornando a la vieja frontera; su prosa presidencial es la peor que se recuerda desde Harding. J. F. K. fascinaba y, a la vez, sacaba a los intelectuales de sus casillas; L. B. J. solamente ha sido señalado como el "Número Uno de América" por Arthur Murray, empresario de salas de fiestas. La Casa Blanca ha ido de Camelot a Johnson City siguiendo una corriente burlesca difícil de imaginar. Al apagar las luces de la Casa Blanca, mister Johnson nos ha señalado el final de una brevisísima época en toda la extensión de su significado.

Henry Gemmill, jefe de las oficinas de «The Wall Street Journal», de Washington, cuando Johnson ascendió a la presidencia, le vio como la imagen perpetua del «oportunisto cuya maestría en lo político estriba más en la ambición e incluso provecho personal que en el principio político en sí mismo».

Este humor sigue plenamente vigente a pesar de todo lo que tiene de extraño. No hace mucho, estuve hablando con un senador urbano de la costa Este acerca de la política exterior de los Estados Unidos. Me señaló que «el hecho de creer en las teorías políticas de los grandes hombres como Adlai Stevenson y John Kennedy me sitúa inevitablemente en pugna con Johnson». Esto, a primera vista, parecía una declaración sumamente grave e impresionante y el senador, si en un principio supuso que me afectaría por su contundencia y magnitud, se equivocaba. En función de mi imperturbabilidad, notada aparentemente por mi interlocutor, éste añadió de pronto: «No es que la señora Johnson me recuerde a lady Macbeth, pero el paralelismo existe. Macbeth fue un loco poderoso, Johnson también lo es. Sería bueno como prestidigitador, para sacar conejos de un sombrero, pero es un bastardo demasiado arrogante. Johnson, en esta hora decadente y marchita de su vida, solamente cree en la adulación. La gente le dice que es grande en sus propias narices y cuando le dan la espalda están totalmente de acuerdo en que es un *son of the bitch*». Esta fue la opinión de un ciudadano de temperamento más bien pacífico; el mismísimo Johnson se le había clavado como una espina entre pecho y espalda. Pueden oírse y leerse cantidad de reacciones semejantes en todas partes. Tanto por parte de la opinión radical y moderada, como en los medios más populares y entre los beatniks.

Pete Hamill, del «New York Post», después de un profundo y detenido estudio del movimiento de protesta, precisó: «Sospecho que una

de las razones fundamentales que explican más claramente la virulencia de buena parte del movimiento antiguerra en Vietnam, puede estar constituida por el carácter de Lyndon B. Johnson. Ni uno sólo de los estudiantes con los que he hablado en las últimas semanas, ya fueran de derechas, izquierdas o apolíticos, respetan al Presidente. Le consideran como un pedante, de mentalidad corta, ansioso de poder, a veces, incluso, como un paranoico, una especie de agente del clan de Lawrence Walko. Un columnista del «Washington Star», que estuvo en Iowa últimamente, pudo darse cuenta de que, a pesar de la prosperidad de las granjas y el extraordinario desarrollo de la industria, no les gustaba Johnson, lo que es altamente significativo si se tiene en cuenta que en las elecciones celebradas en 1964 obtuvo en ese Estado un 62 por ciento de los votos emitidos. Este Estado, uno de los más sensiblemente democráticos, se lamentaba de que Johnson les hubiera utilizado como quien hace burbujas. La gente desconfía y sospecha de sus motivaciones y proyectos; demasiado elegante; demasiado listo; demasiado asruto; demasiado oportunista.

Sería una interesante, ardua y mística tarea intentar averiguar en cuántos corazones de negros, portorriqueños, mulatos y mestizos, rotos por las incumplidas promesas de Johnson, está grabada la frase que Jack Newfield dice haber leído sobre los miserables muros de Harlem: «L. B. J., come de esto». Allí, donde las ratas engordan y los individuos enflaquecen, algún espíritu endurecido, posiblemente enfermo y, desde luego, derrotado, hijo bastardo de una mísera asistencia social, tomará una tiza robada y plasmará el decálogo de su corazón repleto de odio sobre la sucia pared. L. B. J., come de esto. Desde luego, es un feo juicio. Es quizá, incluso, lo que Bill Moyers llamaría un juicio desmesurado, elaborado por gentes embrutecidas que no encuentran la forma adecuada de juzgar al hombre tal como es en la realidad. Sin embargo, es de ese modo como sienten en los barrios bajos.

Así piensa la gente que integra las capas bajas de nuestra sociedad. ¿Sienten muy diferente los sofisticados? Sí. Ellos encuentran todavía más nauseabunda la actual dirección de la nación. El senador Morse sugiere que en las acusaciones a Johnson debe hacerse notar la justicia de las mismas; el senador Gruening lo señala como un maestro del fraude. Thomas Bolyston Adams, de Massachusetts, se queda corto en las alabanzas que desparrama por los corredores del Senado si tenemos en cuenta que hasta los grabados de la suela de sus zapatos han estado bajo la «tiranía» de Johnson. Walter Lippmann, el más educado y caballero de los columnistas, se siente tan molesto a causa de Johnson que escribe con una intemperancia poco corriente en él sobre las «pretensiones ideológicas» del Presidente, que le han conducido «muy lejos en el proceso de dar equivocadas definiciones acerca de falsos dioses»; y, después de afirmar que «se tomaría a tal hombre como un dirigente de gran talla y de la más alta honestidad moral» por saber la desventurada suerte que están corriendo los Estados Unidos en Vietnam, Lippmann se da cuenta con gran tristeza de que «no hay razón alguna para pensar que mister Johnson sea tal hombre». Y también tenemos a Emmet John Hughes, dando a conocer la «llorona verbosura» de Johnson, y al ordinariamente tolerante James Reston, presentándonos a Johnson como un hombre con las bases esenciales de civilización sustancialmente imperfectas: «Ningún Presidente tuvo tantos confidentes y tan pocos amigos».

Mientras en ultramar algunos lo ven como a un loco (un reciente artículo de una publicación británica defiende a Johnson solamente desde el punto de vista de admitir que «naturalmente, no es técnicamente anormal»), aquí, en nuestro país,

las críticas que se le hacen no van más allá de ir haciéndolo rodar cuesta abajo, como un vulgar pedrusco. «Lyndon Baines Johnson es probablemente un caso excepcional en la historia de la presidencia norteamericana», escribe Stan Cohen en «The East Village Other». «Uno no puede imaginarse un acto tan bajo que no fuera capaz de cometerlo, ni palabras tan falsas que fuera incapaz de pronunciar. Es una orgía *in crescendo* de hipocresías y mezquindades que se las han compuesto para concentrar en una personalidad los peores elementos de entre los más honorables rasgos del ser humano. Es capaz de experimentar ira, pero no pasión; es devoto, sin ser religioso por convicción; rudo, sin ser valiente; sincero, sin honestidad, y vanidoso, sin orgullo».

Naturalmente, Cohen puede ser destituido por aquellos que desean hacerlo, como lo fue uno en el pueblo de Greenwich. Pero, ¿cómo puede uno imaginarse que «The Christian Century» fuera a fomentar la campaña de descrédito al publicar una valoración presidencial, sin ser sospechoso de extremismo?: «Menos campechano que Roosevelt, menos honesto que Kennedy... este hombre de espantosas manías y patéticas tristezas puede, en una sola frase, pulverizar salvajemente a cualquiera, y enviar, en un instante de crisis, a los muchachos norteamericanos a una probable muerte en Vietnam... Nunca ningún Presidente ha tratado de modo tan acentuado de ponerse al descubierto ante el electorado para ganar el apoyo popular, pero ningún Presidente, al mismo tiempo, ha despertado en el público tal combinación de falta de respeto y aversión

EL PRESIDENTE ACCIDENTAL



bido a las contradicciones inherentes del personaje; la culpa no es de forma, no es debida a la constitución mecánica ni a su propia cadencia, la culpa es de él mismo. «Es un hombre de palabra, pero esquivo; un hombre que gasta, pero que recorta los presupuestos; internacionista, pero provinciano; demócrata, pero maquiavélico; sentimental, pero cínico; puede ser muchas cosas menos reflexivo, no es un hombre con *grandeur* personal», escribió Ronnie Dugger, editor del «The Texas Observer», en 1960, haciendo una valoración que sigue estando vigente en las actuales circunstancias, con la excepción de que en los años transcurridos desde entonces, Johnson ha aprendido la forma de no mantener su palabra. Alan L. Otter, de «The Wall Street Journal», hace cuatro años, después de que Johnson tuvo un año de tiempo para lavar lo más desagradable de su personalidad, lo veía todavía como a «un hombre egoísta, anormal», con «una perturbada tendencia hacia el mantenimiento del criticismo; su desdicha irá en aumento hasta que reviente...».

Dugger, perteneciente al ala moderada de la izquierda, y Otter, a la moderada de la derecha; en el centro, Joseph Alsop, representante indiscutible del burgués teórico, del mejor estilo de los hermanos Brooks, llegó a un planteamiento del que se desprendía una cuestión que nunca, hasta este momento, tuvo necesidad de ser plan-

repetidamente despreciada y escasamente tenida en cuenta, logró finalmente atraer su atención y ser recibida por él, para explicarle resumidamente la situación en Vietnam, Johnson les escuchó largo rato con la misma expresión de una ignavia, hasta que dio por finalizada la audiencia con la gastada pregunta: ¿Pero qué carajo fuimos a hacer allí? Generalizando, podemos afirmar que Johnson se ha expresado muy a menudo en estos términos al referirse a los más diversos asuntos.

Posteriormente, en 1965, cuando su política en la crisis vietnamita comenzó a tomar formas claras, Johnson hizo que fuera a verle uno de los principales comentaristas de la emisora nacional para convencerlo de que su política era pacifista y de que trabajase en su favor. Con el mismo estilo al que ya nos tiene acostumbrados, pasó la mayor parte del tiempo intentando explicar que la mayor razón para tener confianza en la política exterior de Johnson era la de que el mismo Johnson, personalmente, era un hombre muy experimentado; que sus razonamientos eran correctos, porque eran expresados por un hombre que había crecido en duras condiciones. Que él sabía cómo tratar al astuto Ev Dirksen y, por si todo esto fuera poco, que él no odiaba a nadie. Pero, ¿le odiaba a él el comentarista? Al llegar a este nivel, Johnson había prescindido de las etiquetas, como le gusta hacer, para hablar de hombre a hombre, y fue en ese instante cuando hizo la confesión de sus más íntimos sentimientos sobre los asuntos mundiales: «Todo lo que no sea paz, Joe, es una mierda».

El mejor fragmento del libro de Michael Davies es la respuesta de Johnson a un periodista que le había hecho una pregunta un tanto oscura para él: «¿Por qué viene a preguntarme a mí, representante del mundo occidental, una perogrullada como ésta?».

Un reportero de la United Press le sacó una fotografía de perfil en la que no quedó precisamente muy favorecido. A la mañana siguiente, después de que dicha foto fue publicada en todos los diarios locales, Johnson se dirigió al reportero en cuestión, durante una conferencia de prensa, en el rancho L. B. J., llamándole: «Tú, hijo de perra». Si todos los reporteros gráficos que le han sacado fotografías poco favorecidas o malas, unidos con todos los periodistas que han escrito sobre su Administración con trabajos que molestasen a Johnson fueran a continuación tratados de «son of the bitch» o de mierda seca, en su propia cara, delante de todos sus demás colegas, formarían todos juntos un impresionante cuerpo de prensa.

Mas, «si éste fuera el único problema que plantea el estilo de Johnson —continúa Alsop con toda corrección—, ello no tendría demasiada importancia y sería fácilmente superable si en público mostrara más a menudo la natural espontaneidad que muestra en privado». Por lo menos, esto serviría, en todo caso, para contrarrestar las ridículas pretensiones de inspirar piedad que emanan de Johnson, ya que hasta ahora nadie conoce en él una humildad a lo Lincoln, si es que realmente existe.

No. Alsop intenta afirmar algo más esencialmente básico: sencillamente, que Johnson «no es sincero, ni con el país ni con sus colaboradores, e incluso se sospecha que ni siquiera con los más próximos o más apreciados por él». Lo grave del error no está en el acto de fingir, sino en la concepción a que conduce el resultado. Lo horrible de sus tergiversaciones, de esta falta de sinceridad, no es que pretenda confirmar los hechos con mentiras, sino que lo que **SIGUE**



En su infancia, con sombrero vaquero. A la derecha, el Presidente se ajusta los pantalones antes de comenzar a hablar a una delegación de estudiantes de todo el país, que le visitó en su residencia oficial.

personal... Implacablemente deshonesto para con la oposición y desdén hacia los más útiles subordinados a quienes ha apartado de su círculo; falto de paciencia ante la crítica; complejos cambios en la dirección por puro capricho personal; sospechas infundadas contra sus amigos y contra sus enemigos, indistintamente; predisposición innata para engañar a la opinión pública por medio de su supuesta bondad; aceptación de cuestiones discutibles antes que permitir que un asunto permanezca en suspenso sin una solución moralizante ideal. Todos estos motivos sirven para identificar a Johnson como un hombre que ha destruido su carrera precisamente en el momento cumbre de su profesión...».

La inacabable dicción, el ritmo y el swing de esta clase de actuación —Johnson is this but not that, this but not that; less flip than flap, flap than flip; too much this, and this, and this—(1) acaban concentrándose espiralmente hasta que todo se viene abajo y el lector se encuentra aturdido, sospechando que la precisión fue víctima del estilo. Pero lo que ocurre es de-

teada a lo largo de toda la historia de América: ¿Es posible ser, en verdad, un gran Presidente partiendo de la idea de «ir haciendo», sin el mágico ingrediente de un estilo moral? Todos nuestros grandes Presidentes han tenido esta cualidad hasta que llegó Lyndon Johnson... No nos engañemos, lo real es que el Presidente Johnson tiene una total falta de imaginación, y hasta quizá un evidente estilo moral de escasa categoría.

¿Qué quería afirmar Alsop? El niega sin mucho convencimiento que se esté refiriendo a la predilección que siente Johnson por el lenguaje vulgar. «¡Le dije que hiciera fijar este soporte de la puerta!», se afirma que bramó Johnson en un corredor de la Casa Blanca, dirigiéndose al probo Jack Valenti; solamente los que encuentran innecesaria la buena educación y la corrección le acogerían con simpatía. Estos días circula el rumor por la Casa Blanca de que Johnson nunca se refiere a Robert Kennedy sino como «el pequeño mierda». Cuando la *Central Intelligence Agency* (C. I. A.), después de ser

intenta es subordinar la realidad a esas mentiras, convirtiéndolas en la piedra filosofal de una nueva realidad. Es de este modo como, lentamente, vamos todos hacia una meta común: la esquizofrenia nacional. Apoyamos la paz, somos contrarios a la pobreza, nuestro Presidente es un veterano partidario del *New Deal* (Nuevo Trato) y domina los engranajes del Congreso. Todo ello no es más que una ficción. Un político de Texas, parafraseando en cierta ocasión a Shakespeare, dijo, a propósito de Johnson: «¡Oh! ¡Qué maravilloso es tener el poder de un gigante!, pero, ¡qué insensato resulta cuando es usado como un tunante!». Peor aún: Johnson está dispuesto a convencernos de que el diablo es un excelente personaje.

Algunos, probablemente, quisieran añadir todavía alguna cosa a la lista de defectos de Johnson. Murray Kempton, en cierta ocasión, comentaba tristemente: «En cuarenta años hemos pasado de tener un Presidente que leía incluso las leyendas grabadas en las monedas de cincuenta centavos, a un Presidente que únicamente se interesa por lo que dicen las cubiertas de los libros que ve en las librerías de los demás». Su autorizado biógrafo explica que desde que dejó de ir a la escuela, Johnson no ha leído completamente más de seis libros y que sus lecturas habituales consisten normalmente en «periódicos y revistas». Debe ser la falta de conocimientos lo que le impulsa muchas veces a decir cosas como ésta: «La rabiosa búsqueda del pan puede conducirnos a la realidad del caos». Pero a nosotros nos parece que lo grave de los juicios como éste es que la etiqueta, marcada de un ridículo tinte heráldico, al mejor estilo de la Legión Americana, con que se nos presenta, no tiene nada que ver con el refinamiento personal o la educación, pero sí tiene que ver con el instinto y el espíritu que lo avalan. Pero dejémoslo. No nos hundamos en el lodo estableciendo comparaciones entre la Universidad de Harvard y el *Southwest Texas State Teachers College* (Facultad estatal de profesores del Sudoeste de Texas).

La mayoría de nosotros estamos también repletos de los mismos defectos que le estigmatizan a él, pero no hemos llegado a la presidencia de los Estados Unidos, y esto, al igual que el sendero escogido por Robert Frost a través del bosque amarillo, es lo que marca nuestra diferencia. Pero hay algo en que la diferencia se hace más fascinante. Es el extraño engranaje extra-oficial, oscuro, pero evidente y persistente, que empezó tempranamente, en las correrías de Johnson por el Senado, y que determinó más tarde el que fuera señalado para la vicepresidencia. Es esto lo que todavía se discute entre los johnsonianos con una pasión que recuerda la corte del Rey Sol.

El ser Presidente representa también el poseer en más alto grado de lo normal una cierta misericordia; lo que sería suficiente motivo como para enviar a un hombre a prisión, solamente disminuye los efectos de la encuesta Harris sobre Johnson; lo que es juzgado como una mentira en un hombre común, es para él camuflado en «algodón social». Ocasiones importantes se le presentaron varias veces. El juicio previo de Bobby Baker, por ejemplo, ha sido solemnemente aplazado para después de las elecciones de noviembre, por ninguna otra razón que el no estar en la capacidad de Johnson abstenerse de entrometerse en el libre cauce de la justicia, y por no estar entre nuestras posibilidades el poner en entredicho la buena suerte de los Presidentes. Suerte que, en este caso, incluye el asombroso espectáculo de mostrar al Departamento de Justicia de los Estados Unidos autoconfesándose públicamente de haber violado los derechos constitucionales de Baker, interfiriendo su teléfono en dieciséis distintas ocasiones, y garantizar, con esta maniobra, una gran probabilidad de abso-

lución. También se comprometió a garantizar que buena parte de las pruebas serían excluidas en el acto del juicio, porque las mismas podrían molestar a un antiguo y anciano personaje que en cierta ocasión calificó a Bobby de «mi poderoso brazo derecho».

Al tener a un hombre de las cualidades de Lyndon Baines Johnson en la posición política más poderosa del mundo, deberíamos mostrarnos tranquilamente dispuestos, como lo ha hecho notar James Cameron, e inventar para él un nuevo esquema psicológico-intelectual que le cuadre mejor. Afirmamos comúnmente que es un eficiente campesino, como si esto pudiera cambiar en última instancia las reglas que previamente habíamos aceptado para un juego civilizado.

Todo ello nos conduce a divertirnos a su costa, del mismo modo que lo pasamos estupen-

en el camino de ir hacia adelante. De haber sido por él, el Congreso hubiera seguido cuando lo abandonó con las mismas perspectivas que en 1937.

De su actual poder no tenemos ninguna duda. Pero, ¿en qué instante se hizo con el favor de la nación? Fue durante sus años de «hombre fuerte del Congreso», cuando se concedió por este mismo Congreso los fondos necesarios y la autorización de libertad de acción a las fuerzas diplomáticas y militares profesionales y al «New York forcing policy syndicate» (Sindicato de las fuerzas policiales de Nueva York). Con ello consiguió la abrumadora influencia que tiene todavía hoy en día y que no es probable que pierda fácilmente.

Igualmente, a la facultad y a los graduados de la «Dulles School of Diplomacy», a los cuales Galbraith bautizó acertadamente como «los



Johnson con el Presidente Franklin D. Roosevelt, en los tiempos de su llegada a la capital federal.

damente con las narraciones de los historiadores que se distraen jugando a un especial divertimento con los huesos de Rasputin. Como el mito de la nobleza del salvaje, el mito del campesino eficiente resulta también cargante, y aún más si tenemos en cuenta que está preparado de antemano. Siguiendo la pauta del camino más seguro, el éxito de Johnson no ha rebasado, teniendo en cuenta las exigencias de hoy en día, el que en su momento tuvo McKinley, el cual, como en cierta ocasión observó Joe Cannon, tenía la costumbre johnsoniana de «mantener el oído tan pegado al suelo, que acababa llenándose de saltamontes».

Dejemos aparte las etiquetas que los periódicos y revistas semanales le puedan colgar a Johnson —desde arquitecto del gobierno hasta legislador poseso— y analicemos retrospectivamente su propia carrera. Después de veintitrés años en el Congreso, Johnson no ha dejado ni una sola huella progresista con su nombre en los medios legislativos, ni un solo aporte a esa misma legislación que, aunque solamente fuera discreto, produjera un progreso para la nación

hombres que nunca en su vida han levantado una mano en nombre de alguna causa liberal», les fue concedido el dominio de la situación por el Senado de Johnson, dominio que retienen todavía hoy bajo la Administración presidencial de Johnson.

Recientemente, Johnson afirmó que el principio que le guía en política exterior, es el mismo que le guía en la interior y que persiste en él por ser consistente y tener éxito, porque en ambos contextos —con la poderosa colaboración de los gigantescos cartels agrícolas, las facilidades dadas para la formación de nuevos cartels y la ayuda de los sociólogos contratados en las Universidades— ha restablecido, tanto cuando era senador como ahora que es Presidente, la prosperidad imperialista.

Ya en el caso de la consolidación de la alianza entre los financieros y los militares, que el Presidente Eisenhower dejó prevista al abandonar la Administración en 1960, su factor decisivo lo constituyó el Senado dominado por Johnson, contando con la efectiva ayuda de Symington, Russell, Stennis, Thurmond, y en

general todos los bárbaros del Sur, pero la guía y la exquisita simulación patriótica que se puso en el esfuerzo, fue única y exclusivamente suya. Sin embargo, se pretendió en un principio que el *Johnson's Preparadores Subcommittee* (Subcomité Johnson de Preparación) (2) se limitaría a observar los trabajos, sin comprometerlos a los demás ciudadanos en sus asuntos. Fue en aquellos años del Senado, dominado por Johnson, en los que la U.R.S.S. se puso a la cabeza de la carrera espacial, en donde iba a mantenerse sin competencia durante siete años. Conducidos ahora por lo que parece un orgullo paranoico e irracional, los alcanzaremos, aunque esto no es seguro, solamente después de haber gastado sumas astronómicas de dinero.

Estos son los resultados de los años del liderazgo de Johnson, obsesionado y gastando siempre en aras del prestigio nacional.

Sus realizaciones para la Gran Sociedad han sido menos nocivas. Su programa presidencial ha sido en gran parte un plagio adaptado del programa de Kennedy, el cual, según llegó a admitir el mismo Presidente fallecido, sólo serviría momentáneamente para hacer resucitar las últimas cenizas del *New Deal* (Nuevo Trato), y servir de plataforma para la resurrección de un Partido que había casi llegado a perder su verdadero espíritu bajo los manejos del liderazgo Johnson-Rayburn en el Congreso. La verdadera mentalidad de Johnson queda tipificada en sus intenciones expuestas en el programa de «Alimentos para la libertad», que ofrece algodón y tabaco para paliar el hambre del mundo y un cuerpo de profesores para evitar la creciente corrupción de las grandes ciudades.

Este último punto puede parecer posiblemente exagerado, en cierto modo, pero es el que describe exactamente la personalidad de Johnson. Después de que los alcaldes de dos grandes ciudades habían expuesto en el Congreso que necesitaban 65 billones de dólares durante la próxima década para salvar a sus respectivas urbes —y cuando todavía tenían que ser escuchados varias docenas de otros alcaldes—, un periodista le preguntó a Johnson qué es lo que él sugería como lo mejor para ser puesto en práctica inmediatamente con el fin de salvar a esas agobiadas ciudades. Su respuesta fue: «Lo mejor que el Congreso podría hacer es enviar allí a un cuerpo de profesores en legislación». Miles de fanáticos adictos a las drogas: triste camino que conduce a la transformación humana en basura, pasando por las calles pobladas de ratas, urinarios que, cuando existen, no poseen las debidas condiciones higiénicas, carecen de agua, excrementos humanos y de animales que atascan y envenenan los cursos y las aguas de los ríos, sistemas de circulación que no permiten la circulación y sistemas alimenticios que no alimentan, esperan la llegada de 1.700 profesores en legislación que lo arreglarán todo.

En menos de dos años, Johnson inició un programa de «reconstrucción» en Vietnam del Sur, por un valor aproximado de un billón de dólares: reclutó a un millón de campesinos y embarcó a una pequeña nación de hombres a través del océano para llevar «reformas» a las costumbres vietnamitas. Por otra parte, se dragaron ríos, se construyeron decenas de diques, almacenes y pistas de aterrizaje, se introdujeron sistemas sanitarios y dispositivos higiénicos para evitar la contaminación. La faz de todo un país, para bien o para mal, fue transformada en dos años. ¿Dónde, en el mismo intervalo de tiempo, en nuestra nación, se ha procedido a la transformación regeneradora de cualquier bloque de casas de algún importante suburbio del país, con dinero federal? Y no me refiero al hecho de demoler edificios miserables, sino al hecho de que hayan sido construidos de nuevo.

EL PRESIDENTE ACCIDENTAL



La filosofía de Johnson, que lo ha guiado durante treinta años, fue, de nuevo, fielmente reflejada por un miembro de la Oficina Fiscal de la Administración, con motivo de conocerse que los guardias municipales de Mississippi llamaban a los jefes de guardia fronteriza usando latas de conservas destripadas: «El Presidente dice que no tengamos tanta prisa». A primera vista, parece como si las transformaciones domésticas de Johnson *ad hoc* y las relaciones exteriores no tuvieran nada en común, pero si se analizan bien se verá que discurren armonizadas al salir de la cocina presidencial.

Seguramente fue debido a que los votos de los residentes británicos en este país y la política británica poseen una nula influencia cuando llega el momento de las elecciones en los Estados Unidos, el hecho de que Johnson no encontrase el tiempo necesario que le permitiera asistir a los funerales de sir Winston Churchill, pero sí lo tuvo para escabullirse de Washington y asistir a los funerales del sobrino del senador Richard Russell en Georgia, y a los de la esposa del congresista Emanuel Celler, en Nueva York, y al de la esposa del senador Harry Bird, en Virginia, haciendo resaltar especialmente su pesar en este último, en el que besó con tristeza la mano del senador Bird, mientras los fotógrafos le solicitaban que permaneciera unos segundos en aquella postura.

Poniendo su prestigio en juego, Johnson viajó cerca de 5.000 millas para impartir sus bendiciones personales al régimen del hombre fuerte sudvietnamita Ky. Personaje éste que ya fue adecuadamente definido cuando el senador Clark precisó que era «un perverso pequeño dictador, peor todavía que la gente contra quien estamos combatiendo», pero sería incapaz, al mismo tiempo, para conformar a algunos negros, de caminar a lo largo de la avenida de Pennsylvania para discutir los problemas de un grupo de aparceros de Mississippi, quienes tratando de atraer su atención desesperadamente, acabaron instalándose en la plaza Lafayette. Gastó 50.000 dólares en un programa de viajes de periodistas que explicasen en favor de Estados Unidos «nuestro punto de vista» a la que no puede aprobar la recaudación de fondos destinada a prensa de distintos países; mientras, por otra parte, dice sacar a los niños mutilados por la guerra

de Vietnam de aquel país y llevarlos a los hospitales de Estados Unidos y de Europa para que reciban un tratamiento adecuado. Busca cinco millones de dólares para la construcción de un avión de transporte (a pesar de que la mayoría de los miembros del Congreso saben que este crédito no tiene otra utilidad que la de subvencionar a la industria aeronáutica), y, por otra parte, solicita al Congreso la reducción de los programas de abastecimientos de alimentos y leche para las escuelas.

La injusticia tiene una significación marginal en todos los presupuestos federales, de los que ya emana inherentemente; pero como las injusticias que se están produciendo en este período han sido conscientemente moldeadas por Johnson, aun a costa de tener que soportar sobre sus espaldas las significativas críticas del Congreso, por lo tanto pueden muy bien considerarse como intencionadas. ¿Cuál es el porqué de su actuación? Sencillamente: se trata de un hombre que sufre de repentinos ataques de piedad, pero que carece absolutamente de un profundo conocimiento de lo que significa compasión. Es un «viejo creyente» hoy apartado de su congregación. Durante el desarrollo de la Convención demócrata de 1964, un alto empleado de una de las redes nacionales de televisión quedó perplejo al recibir una llamada telefónica del mismísimo Presidente: «¡No dirija sus condenadas cámaras a los negros (los militantes de color del Partido demócrata protestaron por la presencia de la delegación del Estado de Mississippi, compuesta totalmente por blancos) y manténgalas en la sala donde habla el Presidente, rayos!». Esperemos que los negros, adultos y escolares, acaben convenciéndose de la verdadera utilidad de sus propósitos.

En opinión del congresista Wright Patman, que colaboró con el padre de Johnson en la elaboración de la legislatura de Texas y que conoce al Presidente desde que era un muchacho, éste «no es un liberal, sino más bien un conservador» y sujeto, por lo tanto, al inmovilismo que emana de su propia limitación. No actúa en función de una filosofía propia, sino al igual que los ánares, que a la llegada del mes de noviembre sufren excitaciones glandulares. Un año crea el molde para la consecución de una sociedad mejor, más justa, y al año siguiente lo hace pedazos, mientras continúa calificando a esta sociedad de grande y justa, cuando no es ni grande, ni justa, ni social. Un año, cuando los negros eran acosados y maltratados por el sheriff Clark y el coronel Lingo, llegó a simpatizar con su causa; al año siguiente, cuando los negros comenzaron de nuevo la lucha, les aconsejó que no fueran tan obstinados.

Los ejemplos serían interminables, pero no son necesarios. No falta siquiera efectuar un análisis demasiado profundo de ese barniz de «eficiencias», para poner en evidencia al campesino que se oculta tras el porte arrogante y vigoroso, y al que solamente interesa el logro de sus ambiciones personales. La realidad, la única realidad, es que el político campesino sigue manteniendo su mentalidad campesina.

Cuando Robert Lowell echó por tierra el festival de bellas artes organizado por Johnson, al hablar en contra de su política en Vietnam, Johnson, más tarde, contestó de tal forma que dejó muy claro que seguía manteniéndose firme en sus posiciones; intentó usar una línea poética al estilo de Lowell, tal como se puso en evidencia en una de sus cor-

SIGUE

En la Casa Blanca, en la mecedora de Kennedy.



En realidad, desgraciadamente, hasta cualquier estudiante de segunda enseñanza se hubiera dado cuenta de que el estilo empleado se parecía poco al de Lowell, se parecía mucho más al de Matthew Arnold. Un periódico de Nueva York calificó su intervención como uno de los más grandes discursos presidenciales de todos los tiempos. Un error enaltecido estúpidamente. Es en este tipo de torpezas humanas donde Johnson queda más en evidencia; al igual que ocurrió cuando la firma de un proyecto de ley para el Cuerpo de la Paz, cometió el error de invertir la famosa frase kennedyana: «No os preguntéis qué puede hacer vuestra patria por vosotros, sino qué podéis hacer vosotros por vuestra patria»: Inmediatamente, al darse cuenta del error, se puso a enunciarla de nuevo correctamente, repitiéndola cinco veces seguidas dentro de aquel breve parlamento, para que todos los asistentes se dieran cuenta de que conocía realmente la frase completa. Solamente Lvy Leagues, más susceptible que los demás, se llegó a ofender por esta rudeza de expresión, o por el placer casi crítico de Johnson balanceándose en la «muy personal» mecedora presidencial (precintada con sello real).

Hace grabar con el sello presidencial un par de botas de vaquero y luego, aterrizado, niega haber dado la orden; ridiculiza en privado al melindroso novio de su hija, al que ha librado de la militarización, tratándolo como «Charlie»; en una reunión social le baja la cremallera, de la parte posterior del vestido, a la esposa de un congresista. Todo esto no tiene demasiada importancia para el papaito de la pujante Johnson City, aunque a los demás les podría sugerir el pensamiento de que a lo mejor se halla también privado de la picardía artificial necesaria para el desarrollo de sus funciones, digamos sociales. A diferencia de Truman, Hoover y Eisenhower, fuera de la Casa Blanca, Johnson no será absolutamente nadie. ¿Qué periodista, en cualquier día de su retiro, buscando una respuesta sobria y calificada sobre alguna cuestión de tipo económico, de derechos civiles o asuntos internacionales, se dirigirá a este hombre, cuya expresión, tal como nos hizo notar Norman Mailer, «fomenta ideas que susurran la aniquilación y la asfixia de la civilización occidental»?

Durante su etapa vicepresidencial ya dio evidentes pruebas de su invisibilidad. Antes se le previno para que no tomara posesión del cargo. Pero Johnson adoptó una actitud retadora. Debía pensar que los poderes le iban a ser entregados por un Eisenhower vacilante y acomodaticio y por un Senado indolente. Hablando de lo que entonces creía que eran sus innatos poderes, afirmó: «¿A dónde va a ir a parar el poder?». El fue a ese lugar, pero el poder no le siguió. Descubrió, entonces, que no había madera de líder en el carácter de su personalidad. También se descubrió entonces, de modo bastante penoso, que aunque hubiera estampado su nombre en el «Quorum Club» no era, en aquellos momentos, ni lo había sido nunca para la inmensa mayoría del país, más que un político de tres al cuarto sobre el que habían corrido rumores de que controlaba algunas de las praderas del Sudoeste.

El humor se ceba hoy sobre la vicepresidencia, y generalmente retrata a Hubert Humphrey como a un sonriente lacayo, pero éste es, a fin de cuentas, una personalidad, guste o no guste. Pero el humor empleado con el vicepresidente Johnson lo anulaba, lo fulminaba. El programa de televisión CBS-TV, «La cámara inocente», dedicó una parte de sus espectáculos a efectuar una encuesta titulada: «¿Quién es Lyndon B. Johnson?». Nadie lo conocía. La respuesta más típica fue la que proporcionó el hombre que contestó: «No, no lo conozco. Yo soy de New Jersey». Una mujer llegó a responder: «¿Debería conocerlo?». El lo-

cutor le respondió: «Es una persona muy importante», a lo que la mujer añadió: «Bueno, pues que Dios le bendiga». Desde un punto de vista irónico, Johnson se hizo famoso por su invisibilidad. En el programa cómico «Beetle Bailey», dialogaban dos personajes, Plato y Beetle. Plato comentaba: «No se oye hablar mucho del vicepresidente en estos últimos tiempos. Es casi un hombre olvidado». Beetle: «¿Quién?». Plato: «Lyndon Johnson». Beetle: «¿Quién?». La pregunta podría hacerse todavía hoy; sin embargo, Johnson usa el título, si no las vestimentas, del poder con tal arrogancia que nos vemos abocados al engaño de creer que él está debajo.

Seguramente no habrá existido nunca un Presidente tan sensual, en el sentido de procurar por todos los medios que su presencia física sea notable. Para él, según sus propias palabras, ser algo no es, ni más ni menos, que «dar gusto a la carne». Ello, en cierto sentido, le da la personalidad del que ha alcanzado la cumbre del *ergo sum*.

En las reuniones de tipo privado, la mitad por lo menos de su poder de persuasión le proviene de agarrar por el brazo a otra persona, tocarle con la rodilla, abrazarle, darle cabezazos en el pecho, hacerle presión al pegarle la boca al oído susurrándole, acercarle la cara junto a la suya hasta que le sea posible apreciar la calentura de su aliento. Para las mujeres emplea el beso. Un mes después del asesinato de Kennedy, al finalizar el período de luto oficial, la señora Bird ofreció una fiesta a sus más distinguidas amistades se concentraron alrededor de unas veinte damas. Al llegar Johnson, lo primero que hizo fue besarlas a todas, una por una. En la fiesta que dieron con motivo de la graduación de su hija Lynda, había docenas de damas, y Johnson, de modo consciente, se puso a besarlas a todas. Repasando mi archivo de fotografías puedo comprobar que besó a Perla Mesta en la frente, a la señora de John Connally en la boca, a la señora de Philip Nichols, hijo, en la oreja; a la señora de John McCormack, en la boca; a la señora de Chester Clifton, en la mejilla, y a su vez fue besando en el cuello por la señora India Edwards. Cuando las *Democratic Women* (Mujeres Democráticas) celebraron en 1966 su convención anual en Washington y se citaron para su reunión de clausura en la misma Casa Blanca, Johnson se presentó sin haber sido invitado, y besó y fue besado indistintamente por la concurrencia. La persecución de que hace objeto a Lynda Valenti, con el motivo banal de jugar, acariciar y besar a su hijo, ha sido advertida con gran detalle y frecuencia. El «San Francisco Examiner» estimó que al finalizar los primeros 666 días de la estancia de Johnson en la Casa Blanca, había besado a unas 666 mujeres. Debemos ser justos y reconocer,

Lyndon B. Johnson mostrando la cicatriz de la operación que le practicaron en la vesícula biliar.



empero, que esto es inmiscuirse demasiado profundamente en sus actividades.

Es en función de toda esta orgía de apretones, abrazos, besos, codazos, puñetazos y de querer prevalecer en público por su presencia física, por lo que ningún Presidente ha sido tan identificado como él por estos actos, que deberíamos admitir que más bien corresponden a la forma de ser de los caciques del bajo mundo de los negocios.

Johnson, con su especialísimo método de empujarse a la Historia, ha contribuido enormemente a aumentar nuestra dificultad en captar su presencia. De forma más bien extraña, el vacío imperante a lo largo de su vida privada —que es el tipo de existencia que contribuyó a que se le calificase como «simplemente un viejo, monolítico y buen papá tejano»— se ha confundido con la sencillez de Lincoln. Ello ha ayudado a la creación de un torpe mito, y por una desconocida razón hemos contribuido a permitirle que continúe en su afán. Al juzgar sus frecuentes errores políticos, nos hemos acostumbrado a describirlos como si se tratara de simples mentirijillas. Es una clemencia de corte tradicional. Richard Nixon, por ejemplo, se dedicó durante toda su carrera a mentir continuamente sobre sus actos políticos y, sin embargo, nosotros no fuimos muy duros con él. Pero como esperamos siempre de nuestros políticos que tengan un honor inmaculado por lo que se refiere a sus vidas privadas, es por lo que enviamos a Nixon al infierno cuando le descubrimos tratando de hacernos creer que su esposa había nacido el día de San Patricio.

Sin embargo, Johnson ha escapado milagrosamente de una condena semejante, quizá porque alrededor de su vida ha formado tal red de un tupido y rosado algodón de autopiedad y sentimentalismos que nos hace muy difícil poder penetrar a través de él. Pero la realidad es que esa penetración puede hacerse muy fácilmente utilizando, como guía, las Memorias de su madre. A esto no podría objetar nada. La vieja señora Johnson fue, a pesar de todas sus rarezas, la que ejerció una más decisiva influencia de entre todas las varias mujeres que influenciaron más íntimamente su existencia. Una mujer de fuertes mandíbulas y férrea voluntad (Johnson afirma que su hija Luci y Lady Bird son iguales que ella). La madre de Johnson condujo a sus dos hijos de una forma tal que sus vidas acabaron convirtiéndose en una precipitada, mejor podríamos decir atropellada carrera.

Sam Houston Johnson no pudo continuar la marcha ascendente; le tocó bailar al son de otro tambor. Lyndon hizo su escapada al Congreso. Pero seguía adorando a su vieja y dominante progenitora («Todas las palabras resultan inadecuadas cuando trato de describir la personalidad de mi madre») y ella lo idolatraba a él («No puedes saber lo que te quiero, querido, hijo devoto, fuerza y consuelo mío»). Algunas veces, el Presidente bebe un poco más de la cuenta en las reuniones a las que asiste y, entonces, palmea a Lady Bird en el trasero de una forma tan resuelta que incluso la eleva del suelo, y se pone a explicar chistes verdes hasta que su rostro se le congestiona y queda completamente rendido. Pero cuando niño era diligente, obediente y el mimado de su madre. Kennedy nos hacía revivir como la melodía de un cuarteto de cuerda. Johnson nos despierta únicamente el recuerdo reverencial por la almohada materna.

No hay nadie que pueda evitar el sentir una verdadera devoción por la memoria de la madre; sin embargo, ella era una persona no menos comprometida en la obsesión de grandeza de L. B. J. que el mismo L. B. J.; se guiaba por la vieja costumbre maternal de creer que todo lo que su hijo hacía era de una calidad excepcional y que no tenía necesidad de emplear artimañas para

EL PRESIDENTE ACCIDENTAL



En el Vaticano no hubo acuerdo sobre la paz en Vietnam. El Papa y Johnson hablaban distinta lengua.

ello. Bill Brammer, que entonces solía ser el apoyo de Johnson, recuerda un día —ya estaba en el Senado por aquel entonces— en el que, acompañado por unos periodistas a quienes había invitado en una de sus peregrinaciones al santuario familiar, que más tarde llegarían a ser tan rutinarias, de *The Ranch* (El Rancho), se detuvieron delante de una especie de choza en estado deplorabile que tendría las dimensiones de un gallinero y Johnson, empleando un tono tranquilo y reverencial, mientras lo señalaba con sus manos, nos lo identificó como el lugar en el cual se había hecho hombre. Su madre, que le seguía continuamente los pasos por aquellos días, dijo elevando el tono de su voz: «¿Cómo, Lyndon, no sabes que tenemos una hermosa casa al otro lado de la granja?».

El ha hecho poner en marcha programas y campañas no por la lógica de los mismos, o por que fueran a paliar las necesidades sociales, sino solamente porque mamá los aprobaría. Para convencer a un grupo de editores de periódicos a preocuparse por la necesidad de apoyar un programa de ayuda al exterior, Johnson interrumpió, en un momento dado, su bien elaborado discurso para hablar de una visita que en cierta ocasión realizó a un poblado africano, en el que pudo contemplar en una de las chozas a una madre «con un niño cogido al pecho, otro apoyado en el estómago, otro colgado de la espalda y ocho más en el suelo, a su alrededor». La voz se le sumergió en un profundo registro a tono con la flema emocional del momento, y prosiguió: «Pensé en mi propia madre y en las difíciles pruebas que tuvo que afrontar para educar a su familia; mientras observaba aquellos ojos de madre africana, pude ver en aquella mirada maternal la que antes había visto en los ojos de mi propia madre cuando determinó que sus hijos tendrían alimentos, vestidos y educación». Al mismo tiempo que pronunciaba estas frases, sus planes acababan de arruinar a un considerable número de madres vietnamitas (y niños) incendiando y bombardeando sus pueblos, todo ello pensado quizá para evitar que en cualquier otro momento pueda ocurrir lo mismo en el Congo o en otro lugar. Pero las madres congoleñas es difícil que encajen bien en sus acciones.

Cuando su propia madre no pueda serle útil en su invocación para definir algún punto político, utilizará a cualquier madre. Durante el *Prayer Breakfast* (Desayuno de Súplica que se celebra el día de Acción de Gracias) de 1966 fue exhortado por Billy Graham para proseguir la política de escalada en Vietnam (el reverendo doctor Graham llegó a comparar a Johnson con Jesucristo descendido de nuevo y portador de la espada de la justicia para el mundo), y Johnson se comparó a sí mismo y a sus ideales con Lincoln y los suyos; después de lo cual, de repente, se sacó, imitando lo que Lincoln hacía sinceramente, de la manga la carta de una «tierna madre» a la que le habían matado el hijo en Vietnam, y en la cual rogaba a Dios que prodigara a Johnson toda suerte de bendiciones. Con la voz trémula por la emoción, Johnson dijo a los conensales

suplicantes: «Compatriotas míos, con las palabras de esta tierna madre...», etc.». Todo esto ocurría momentos antes de intensificar la primera escalada de bombardeos sobre Vietnam del Norte.

Johnson ha arrastrado la triste analogía entre su madre y las madres de los campesinos del mundo de una forma tan reiterativa, que la inmensa mayoría de los norteamericanos probablemente creen que su madre fue una pobre mujer de hacer faenas que se veía continuamente en apuros para poder subsistir. En realidad, la situación de la madre de Johnson era lo suficientemente diferente a la de las madres africanas como para hacer que aquella pudiera despreocuparse de los problemas económicos familiares. Estaba tan falta de necesidades monetarias y era tan libre de distribuir su tiempo que se distraía editando su propio semanario en Johnson City y se entretiene tratando de reconstruir el árbol genealógico de su familia (desde el décimo duque de Marlborough, aseguraba). Su esposo era el heredero de la propiedad: un hombre de negocios que por derecho propio perseguía el éxito y un legislador del Estado que vivió lo suficientemente bien como para poder tener al gobernador y a otros jefes del Estado como huéspedes. «He conocido la pobreza», les dijo Johnson a un grupo de jóvenes que habían llegado a Washington con el ánimo de encontrar un empleo veraniego. Su padre era tan pudiente y tenía tanto tiempo disponible que se desplazaba de Johnson City a San Marcos por la única razón de darse el gusto de supervisar la marcha de los estudios escolares de cinco niños, a quienes costaba los estudios por iniciativa propia en un época en que la educación escolar era considerada algo así como un lujo; este proceso duró unos cuatro años. El resto del tiempo lo empleaba en sus tareas rancheras en Johnson City.

Johnson nos ha explicado repetidamente lo a menudo que él y otros miembros de su empobrecida familia se veían obligados a trabajar en las duras y penosas tierras de la Texas central (lugar donde de forma enteramente natural brotan auténticos vergeles poblados de melocotoneros). Toda esta historia se estropea un poco cuando descubrimos en los archivos del clan que eran una de las pocas familias rurales que tenían opción a la compra de un automóvil antes de la primera guerra mundial.

La madre de Johnson, por lo que parece, ignoraba que su hijo hubiera tenido que hacer de limpiabotas para poder vivir (que fue lo que éste les dijo a un grupo de estudiantes); ella explicó que Johnson llevaba una «vida normal, sin sorpresas, pero despreocupada como la de cualquier alegre jovencito». Después de la escuela normal tuvo la ocasión de poderse matricular en un «College» (Colegio Mayor), pero abandonó la idea para dedicarse a vagabundear por California hasta que regresó porque se le había metido en la cabeza el capricho de alistarse a trabajar en una brigada de peones camineros. ¿Lo hizo para sobrevivir? No. Lo hizo únicamente con el fin de poder recoger dinero para gastarlo el sábado por la noche. Sus borracheras eran insignificantes, pero era incapaz de autocontrolarse —en realidad ni mejor ni peor que muchos otros también moldeados por cualquiera de las escuelas rurales de la Texas de aquel entonces—. Hasta que, finalmente, decidió que ya había corrido lo suficiente. ¿Qué le llevó a esta decisión? El la recuerda y le da un tono evangélico: la mujer a la cual adoraba le suplicó que abandonara los caminos del pecado; sin embargo, ella recuerda esta ocasión como un momento en el que él enfermó agotado por el trabajo y decidió buscar una

ocupación más tranquila. En un momento del relato de este melodrama publicado en el «Saturday Evening Post», se afirma que sus padres «lo acicateaban continuamente para hacer "algo positivo de él". El Presidente recuerda un día en el que su madre consiguió finalmente su propósito. El estaba todavía durmiendo en la avanzada mañana de un domingo, tras haber pasado una gran noche en la ciudad. "Recuerdo que entré en mi habitación en el preciso instante en que yo me despertaba y se sentó a los pies de mi lecho con el rostro entristecido". "Nunca pensé que lo más querido de mis entrañas se sintiera contento con llegar a ser únicamente un peón caminero", dijo. "Esto me hirió —el Presidente recalca especialmente esto— y le dije: muy bien, iré al College, iré tan pronto como sea posible"».

La madre, por el contrario, describe el hecho de otra forma: «Una cruda y fría mañana, Lyndon regresaba después de haber pasado un día especialmente desagradable en la carretera, y anunció: "Estoy cansado de trabajar solamente con las manos; creo que ya ha llegado el momento de trabajar con el cerebro. Madre, si tú y papá queréis que vaya al College, lo haré tan pronto como pueda"».

Se hace resaltar que su madre «fue inmediatamente a su escritorio y escribió una carta al doctor C. E. Evans, un viejo amigo de la familia y presidente del *Southwest Texas State Teachers College* de San Marcos (Facultad estatal de profesores del Sudoeste de Texas, en San Marcos), para inscribir a Johnson. «Ella firmó la carta con el nombre de mi padre», lo que es una buena muestra de trivialidad, teniendo en cuenta de que ocurriese exactamente tal como lo describe, porque su madre explica que no fue así. Ella dice que se levantó y «fue al teléfono y llamó al College» —por lo visto, su pobreza no era tan aguda, al menos aparentemente, como para no poder permitirse lo que por aquel entonces constituía una muestra más de riqueza: el llamar por teléfono a grandes distancias—.

Debido a que trabajaba durante una parte de la jornada mientras asistía al College, Johnson intenta con ello perpetuar la fábula del muchacho pobre, explicándoles a sus biógrafos que «trabajaba como conserje», y practicaba la oratoria mientras barría los vestíbulos. Ella escribió que su trabajo no lo realizaba detrás de una escoba, sino «detrás de un pupitre», en la oficina del presidente del College.

Hay tres diferentes descripciones de su época de pre-congresista, la cual tiene en gran estima Johnson: la del pobre «Abe» Lyndon, del que ya hemos hablado; Lyndon, el alegre romántico, y Lyndon, el as de los aires. Respecto a su época de alegre romántico, se ha pasado años afirmando que se declaró a Lady Bird en su primera cita. Ella, desde luego, lo niega. En efecto, ella no se sentía muy segura de poder captarle con toda su «intensidad», según solía decirle una de sus mejores amigas, Scoter Miller, esposa del jefe del cabildo de Texas, Gulf Sulphur. Al poco tiempo de estar casados, la señora Miller explica que Lady Bird se refirió a la encrucijada ante la que se encontraba con respecto a su futuro, expresándose en estos términos: «Podría elegir entre dos caminos: o bien alejarme de él antes de tenerle totalmente absorto y dominado, o pasar el resto de mis días dedicándome a ayudarlo en todo lo posible...». Si su madre pudo hacerlo, no podía esperarse menos de ella.

Lyndon, como as del aire, lleva hoy una estrella de plata en su solapa. ¿Una peligrosa misión en el curso de la segunda guerra

SIGUE

EL PRESIDENTE ACCIDENTAL



mundial? Esto es lo que imagina la leyenda. Cuando se discuten las críticas que se le hacen con respecto a la política en Vietnam, se señala su medalla al tiempo que se acostumbra a esgrimir cualquier argumento que de algún modo sirva para enaltecer el reconocimiento general de su patriotismo, el cual, templado en la línea de fuego del frente bélico, es mayor que el de los demás. ¿Qué justificación tiene esta medalla? Johnson prometió en 1940 —verdaderamente se trataba sólo de una promesa en plena campaña electoral— que en caso de llegar a la guerra, dejaría su cargo en el Congreso e iría a luchar al lado de otros hijos de Texas. Bien, en verdad no fue esto precisamente lo que hizo, pero sí consiguió obtener un permiso indefinido del Congreso y a partir del 14 de diciembre de 1941 se le podía ver con su uniforme de oficial de la Navy. Tuvo un impropio trabajo digno de un amanuense, desde entonces hasta el 6 de mayo del siguiente año, en el que fue enviado al Pacífico como emisario del Presidente Roosevelt. Llegó a la zona bélica el 14 de mayo. Un mes y cuatro días más tarde, la tarea que le había sido encomendada estaba ya liquidada; una calentura le mantuvo postrado en Australia durante unos días, pero estuvo ya de regreso a Estados Unidos el 16 de julio de 1942, dejando a un lado su uniforme militar.

Durante su estancia en el Sur del Pacífico, se inició en una misión de combate, como observador. El mejor sumario sobre esta acción es el escrito por Byron Darnton, del «New York Times», el 10 de junio de 1942: «El desarrollo del plan tropezó con serias dificultades y se hizo necesaria la retirada sin haber alcanzado el objetivo previsto».

Desde luego, no parece el tipo de episodio más adecuado sobre el que se pueda escribir un libro, pero Martin Caidin y Edward Hymoff, un par de escritores especiales, trataron de exprimir uno para la campaña electoral de Johnson en 1964. Entrevistaron a los miembros de la escuadrilla en la que voló Johnson. Explicaron que habían sido atacados por cazas de combate japoneses. A bordo del aparato nadie fue herido; el avión volvió sin novedad a la base. La única descripción acerca de la actuación de Johnson durante la ruta, hablaba de él en el sentido de mostrarlo mirando a través de una ventanilla del lado izquierdo del aparato, luego oteando el horizonte a través de la cubierta plástica del techo, y un par de veces analizando el cielo a través de la cabina del piloto.

Por hacer todo esto fue por lo que el general Mac Arthur le concedió al emisario personal del Presidente una Estrella de Plata en premio a una «gallarda acción» que «le permitió regresar tras haber obtenido una información de gran valía». El libro de Caidin y Hymoff, que ciertamente es la investigación más metódica hecha sobre la carrera militar de Johnson en la guerra, omitió explicar en qué consistía la valiosa información. Nadie de la tripulación del aparato recibió, desde luego, medalla alguna.

Después de un mes en ultramar y tras haber realizado una misión incompleta, Johnson regresó al Congreso, donde se dedicó a seguir acumulando otros mitos sobre el anterior: el de Lyndon «fecundo congresista» y, últimamente, el de «hábil Presidente», mitos a los que el presente capítulo aspira superar.

Edición de Materials, 1968.
Prohibida la reproducción.

PROXIMO CAPITULO:

«NO ES COSA DE BROMA, MUCHACHO, SE TRATA DEL PETROLEO»

PROGRAMAS del 27 de enero al 2 de febrero



SABADO 27

- Sobremesa**
14.00 PANORAMA DE ACTUALIDAD.
14.40 VAMOS A LA MESA.
14.50 EL TEATRO.
15.00 TELEDIARIO.
15.20 ESPAÑA AL DIA.
15.30 FIN DE SEMANA.
16.20 EL VIRGINIANO.
- Juvenil**
18.00 TENEMOS LA PALABRA.
18.40 TODOS SOMOS JOVENES.
18.55 HABLE CONTIGO.
19.00 CESTA Y PUNTOS.
- Noche**
19.45 BIBLIOTECA JOVEN.
20.00 PERDIDOS EN EL ESPACIO.
20.15 **UHF** TORNEO.
20.45 AVENTURAS DE MUMU.
20.50 AVANCE INFORMATIVO.
21.00 G.A.L.A. INTERNACIONAL DEL DISCO.
21.15 **UHF** CRONICA 2.
21.30 TELEDIARIO (Nacional y UHF).
21.50 **UHF** ALGO MAS QUE UN NOMBRE.
22.25 **UHF** CINE CLUB.
23.35 EL HOMBRE QUE NUNCA EXISTIO.
23.55 **UHF** ESTUDIO E-N N-E-G-R-O.
0.05 TELEDIARIO.

DOMINGO 28

- Matinal**
10.00 ¡BUENOS DIAS!
11.00 CONCIERTO.
12.00 HORIZONTES.
12.30 EN DIRECTO
- Sobremesa**
14.00 CLUB MEDIODIA.
14.25 EL DIA DEL SEÑOR.
14.50 PERFIL DE LA SEMANA.
15.00 TELEDIARIO.
15.20 ESPAÑA EN EL MUNDO.
15.30 EMBRUJADA.
- Tarde**
16.00 EN ORBITA: TONY LEBLANC.
16.30 EL SUPER AGENTE 86.
17.00 EN DIRECTO.
18.15 FRANCIS Y LAS FIERAS.
18.25 INFORMACION DEPORTIVA.
18.30 MUSICAL 68.
19.00 **UHF** CONCIERTO.
19.30 RETRANSMISION DEPORTIVA.
19.30 **UHF** A VISTA DE PAJARO.
Noche
20.30 **UHF** COMEDIA DE HUMOR.
21.30 TELEDIARIO (Nacional y UHF).
21.50 LA OTRA MUSICA.

- 21.55 **UHF** ENVIADO ESPECIAL.
22.15 SESION DE NOCHE.
22.25 **UHF** EL HOMBRE ESE DESCONOCIDO.
23.00 **UHF** OPERA.
0.05 TELEDIARIO.

LUNES 29

- 11.00 TELEVISION ESCOLAR.
- Sobremesa**
14.00 PANORAMA DE ACTUALIDAD.
14.40 TIEMPO NUEVO.
14.50 VAMOS A LA MESA.
15.00 TELEDIARIO.
15.30 ESPAÑA AL DIA.
15.40 NOVELA.
16.15 LOS VENGADORES.
- Infantil**
19.00 JARDINIL.
19.35 LOS LIBROS.
19.45 VENTANA AL MUNDO.
- Noche**
20.30 **UHF** EL REY LEONARDO.
20.40 MOMENTO CULTURAL.
20.45 LOLEK Y BOLEK.
20.50 **UHF** PANTALLA GRANDE.
20.55 AYER DOMINGO.
21.15 **UHF** CRONICA 2.
21.30 TELEDIARIO (Nacional y UHF).
21.50 TVE ES NOTICIA.
21.50 **UHF** TEATRO BREVE.
22.10 ESTA ES SU VIDA.
22.25 **UHF** AQUÍ ESPAÑA.
22.45 **UHF** LIBROS QUE HAY QUE TENER.
22.50 UN MILLON PARA EL MEJOR.
22.55 **UHF** LA HORA DE AL-FRED HITCHCOCK.
23.50 TELEDIARIO.

MARTES 30

- 11.00 TELEVISION ESCOLAR.
- Sobremesa**
14.00 PANORAMA DE ACTUALIDAD.
14.50 VAMOS A LA MESA.
15.00 TELEDIARIO.
15.30 ESPAÑA AL DIA.
15.40 NOVELA.
16.15 VALLE DE PASIONES.
- Infantil**
19.00 JARDINIL.
19.35 REVISTA AGRARIA.
19.45 CINE DOCUMENTAL.
- Noche**
20.10 UN TEMA PARA DEBATE.
20.15 DIBUJOS ANIMADOS.
20.30 **UHF** DOCUMENTO.
20.45 PROTAGONISTA, EL HOMBRE.

- 20.45 **UHF** EL MUNDO DEL DEPORTE.
21.15 **UHF** CRONICA 2.
21.30 TELEDIARIO (Nacional y UHF).
21.50 TELE-RITMO.
21.55 **UHF** FIESTA.
22.25 ESTUDIO 1.
22.25 **UHF** SILENCIO POR FAVOR.
22.55 **UHF** CUESTION URGENTE.
23.30 **UHF** EL INSPECTOR LECLERC.
23.50 TELEDIARIO.

MIERCOLES 31

- 11.00 TELEVISION ESCOLAR.
- Sobremesa**
14.00 PANORAMA DE ACTUALIDAD.
14.50 VAMOS A LA MESA.
15.00 TELEDIARIO.
15.30 ESPAÑA AL DIA.
15.40 NOVELA.
16.15 DAKTARI.
- Infantil**
18.30 ANTENA JUVENIL.
19.35 AULA TV.
19.45 MIS HOMBRES Y YO.
- Noche**
20.15 MOMENTO CULTURAL.
20.20 HECTOR HEATHCOTE.
20.30 NUESTRO TIEMPO.
20.30 **UHF** DIBUJOS ANIMADOS.
20.45 **UHF** EL MUNDO DEL DEPORTE.
21.00 LA CARRETERA ES DE TODOS.
21.15 **UHF** CRONICA 2.
21.30 TELEDIARIO (Nacional y UHF).
21.50 TRIBUNA TV.
21.55 **UHF** EL MUNDO: MARIANA.
22.20 LA PEQUEÑA CO-MEDIA.
22.25 **UHF** EL AGENTE BURKE.
22.50 EL EXTRAORDINARIO O'BRIEN.
23.25 **UHF** TIEMPO PARA CREER.
23.40 **UHF** MUSICA EN LA INTIMIDAD.
23.50 TELEDIARIO.

JUEVES 1

- 11.00 TELEVISION ESCOLAR.
- Sobremesa**
14.00 PANORAMA DE ACTUALIDAD.

- 14.50 VAMOS A LA MESA.
15.00 TELEDIARIO.
15.30 ESPAÑA AL DIA.
15.40 NOVELA.
16.15 77 SUNSET STRIP.
- Infantil**
19.00 JARDINIL.
19.35 AULA TV.
19.45 HOMBRES BAJO EL MAR.
- Noche**
20.15 DIBUJOS ANIMADOS.
20.30 POR TIERRA, MAR Y AIRE.
20.30 **UHF** WENDY Y YO.
20.50 **UHF** A TODO GAS.
21.00 ENCUESTA.
21.15 **UHF** CRONICA 2.
21.30 TELEDIARIO (Nacional y UHF).
21.50 EL SANTO.
21.55 **UHF** LUCES EN LA NOCHE.
22.25 **UHF** ATENEO.
22.50 TESTIMONIO.
22.55 **UHF** LA HORA DE DICK POWEL.
23.50 TELEDIARIO.

VIERNES 2

- 11.00 TELEVISION ESCOLAR.
- Sobremesa**
14.00 PANORAMA DE ACTUALIDAD.
14.50 VAMOS A LA MESA.
15.00 TELEDIARIO.
15.30 ESPAÑA AL DIA.
15.40 NOVELA.
16.10 LA CASA DE LOS MARTINEZ.
- Tarde**
19.00 MISION RESCATE.
19.30 PANORAMICA.
19.45 PUEDE OCURRIRLE A USTED.
- Noche**
20.15 MOMENTO CULTURAL.
20.20 FILOPAT Y PATAFIL.
20.30 MISTERIOS AL DESCUBIERTO.
20.30 **UHF** EL MUNDO DEL DEPORTE.
20.45 **UHF** FLASH.
21.00 EL SENECA.
21.15 **UHF** CRONICA 2.
21.30 TELEDIARIO (Nacional y UHF).
21.55 **UHF** LA SE-GUNDA CADENA IN-FORMA.
22.00 POESIA E IMAGEN.
22.10 **UHF** LUZ VERDE.
22.15 EL AGENTE DE C.I.P.O.L.
22.40 **UHF** TEATRO DE SIEMPRE.
23.15 SUITE FLAMENCA.
23.45 TELEDIARIO.